

La Ciudad Bonita, La viciosa, la pecadora y hasta la religiosa,
a las carreras. Vida nocturna en Bucaramanga

¡Taxi, una carrera al cielo con el infierno!

ALEJANDRO HIGUITA RIVERA *
 FILO DE PALABRA CS & P

“Es un antro, lo peor de la ciudad está acá”, dice el flaquísimo taxista Pedro Jiménez al pasajero que recogió en la terminal de transporte terrestre y que le pidió que lo llevara a la residencia El Reposo, en la calle 28 con 17A.

Son las 6:00 p.m. y en la acera del frente, un grupo de indigentes a quienes el cabello largo y los trapos sobre los trapos dificultan identificar su sexo, preparan una sopa en un tarro de galletas Saltinas; dentro del recipiente, ennegrecido por el humo, flota un hueso blancuzco con varias papas minúsculas.

La fogata y la luz mortecina de un bombillo de una caseta, son lo único que iluminan el lugar. Debajo del foco, una señora regordeta y de incipiente bozo vende perros calientes y gaseosas. Es la mandacallar, la inversionista del hueso y, además, negocia con el basuco, la marihuana, el perico y quién sabe que más.

Quienes se atreven a pasar por estas calles, cercanas a la Fiscalía, deben estar “muy mal”, según Jiménez, pues la fama adquirida es más que tenebrosa. “De acá se dice de todo, que violan a las mujeres, que guardan los carros robados. Pero eso es mentira, acá sí pasan cosas malas pero eso ocurre en toda la ciudad”, asegura la vendedora.

Su versión no es muy creíble; los taxistas dicen conocer casos espeluznantes, historias que los pasajeros les han narrado pero que ellos no pueden certificar.

Una voz clama en las calles

A estas calles les caen del cielo los profetas, o mejor dicho, éstos ruedan en taxis. “Dios te ama”, condena o salvación que lanza un taxista rojizo y rollizo al visitante. “Tú eres la iglesia... Dios habita en cada uno de nosotros...” Y comienza la cantaleta y no se calla, pero es que no se calla, mientras se interna hacia el centro, por la Cra. 15.

El san *taxista* le entrega al silente pasajero un plegable con la leyenda “¡O cambias!.. ¡O te condenas!” Luego lo invita a la Casa de Dios, en la calle 43 con la 14. “Allí lo encontrarás”, asegura. La Iglesia Pentecostal Unida de Colombia es un salón inmenso. Las mujeres llevan el cabello largo y lucen vestidos negros hasta más debajo de los tobillos; los hombres llevan pantalones oscuros y camisas blancas, despercudidas. Todos con las Biblias entre sus manos y con las gargantas listas para gritar hasta ensordecir a los habitantes de mil kilómetros a la redonda con la amenaza de “*El fin del mundo está cerca...*”

El rollizo está tan rojo que aumenta la temperatura del recinto. “Los taxistas tenemos

* Docente de la facultad de Comunicación Social y Periodismo. Universidad de Manizales.

una misión: evangelizar", le dice a la oveja descarriada que atrapó. Él proclama que muchos pasajeros han seguido su buena nueva: "He tenido a varios de otras ciudades que han encontrado el camino de Dios en mi taxi. Ellos llevarán la semilla del Evangelio para sus ciudades. eso es evangelizar".

La noche sacra del sábado finaliza a las 7:30 p.m. La oveja se despide del profeta del volante y sale del templo rumbo a la Cra. 15, dejando atrás a su 'salvador', quien a una cuadra se le escucha clamar, como una voz en el desierto: "Bucaramanga está perdida por el odio, la mentira, el sexo..."

!Amén!

Caliente, caliente, eo...

En la Cra. 15 los vendedores informales de revistas porno, de cartillas Pokémon, de mangos, sandalias y más chucherías, guardan la mercancía; otra se apodera de las calles. Como salidas de las alcantarillas salen las chicas. !Las chicas! Todas con sus vestiditos, senitos y palabrotas. "Papito, mira lo que tengo", dice una provocadora. Mejor no mirar.

Un taxista aparece y vaya que si es de ayuda cuando hay que saber de sexo en la ciudad. Éste es gordo y con una nariz tan ancha como su sonrisa. Asegura que el mejor sitio de levante es por la Cra. 33. "Allá se consigue la hembra y luego para el hotel".

Para atraparla se necesita buen ojo, pero si viaja por la calle 36 el visitante la puede descubrir aunque sea bizco y aun siendo ciego la hallará por las calles que rodean la Plaza de Mercado y sobre la Cra. 15, entre la 36 y la 20.

Las de la Cra. 33 no hablan con extraños. "A menos que sea un mexicano", lo dice como un chiste por la cantidad de

sitios de rancheras y de mariachis del lugar. Además de plata, hay que tener pinta de mero macho, a lo Vicente Fernández, para que las *chulas* se dignen aceptar los requerimientos sexuales.

Con las chicas de la 36 hay que tener cuidado, pues allí ellas son fácilmente ellos. "¡Ah, es que los maricas no faltan!", grita el chato. Y las de la Plaza son directas al bolsillo: "10.000 pesos mi amor", le informan las gatas golosas a los perros en calor.

Las ratos de sexo se pasan en los hoteles dos estrellas o en las residencias destaraladas. En estas últimas, como en la Colonial, se tiene derecho a lo típico: una porción de papel higiénico de una hoja y de color marrón, una toalla y una jarra para limpiar el cuerpo antes y después de aquello. Valor: 8.000 miserables pesos por menos de una hora.

Sexo triple x

A falta de plata están los lotes abandonados o parques, y aquí sobran. Las salas triple X son para otro público. Bucaramanga tiene dos registradas en el directorio telefónico: El Rosedal (Cra. 21 con la 34) y El Unión (Cra. 16 con la 45). En el primero escasean las mujeres, puros hombres solos, algunos junticos; y en el segundo nada de damas, a excepción de una malgeniada anciana, tapizada en polvos, que a veces hace de cajera y otras de tendera. Sus clientes conocen tanto de los gatos que se pasean por entre las silleterías, como del pronuario de los actores y actrices folladores: Rocco Sigfredy, Moana, la Cicciolina...

Un cliente, delgadito y florido, cuenta en la tienda las penurias del sexo en vivo en El Unión. "A veces la policía molesta y hay que darles plata, o uno se topa con quien no debe y le arman un escándalo